



Instituto Europeo de
Comunicación
y Desarrollo

LA COMUNICACIÓN TOTAL. EL RETO DE LA REVOLUCIÓN DEL CONOCIMIENTO

Prof. Dr. D. Francisco SIERRA CABALLERO
Departamento de Periodismo
UNIVERSIDAD de SEVILLA

Todo sistema – advierte Edgar Morin – es, por definición, abierto y cerrado. Para reconocerse como tal debe proceder a establecer clausuras y distinciones con el ecosistema en el que se instituye. Pero, al tiempo, necesita abriese a los cambios y turbulencias del entorno como condición de subsistencia. El campo profesional de los comunicadores – y fíjense bien que no hablo de periodismo, ni tampoco a futuros periodistas, como más tarde razonaré – ha tendido sin embargo, en los últimos años, a un encerramiento estéril, poco adecuado a los retos culturales que emergen con la nueva sociedad del conocimiento, mientras la formación universitaria camina rutinariamente por los caminos trillados de la ciencia periodística, trazados a lo largo del siglo XIX.

Esta, sin duda alguna, es la contradicción más significativa de nuestro tiempo, pues pensamos – parafraseando al profesor García Canclini – como ciudadanos del siglo XIX, cuando en realidad los usuarios de la comunicación son consumidores que viven y se relacionan a partir de patrones culturales más propios del nuevo milenio.

La transformación social acelerada y el desarrollo de nuevas condiciones culturales de organización del cambio social establecen, ciertamente, un nuevo escenario de interacción comunicativa que exige lógicamente nuevas respuestas en las estrategias formativas de los profesionales de la comunicación.

La ecología mediática que emerge del modo de producción informativa con el que leemos, trazamos y activamos el lazo social favorece sinergias cognitivas que multiplican la creatividad cultural haciendo necesario un nuevo sujeto profesional de la información :

- REFLEXIVO.
- POLIVALENTE.
- Y con una visión COMPLEJA y TRANSVERSAL del universo sociocomunicativo.

En la era de la “conectividad global”, el profesional de las industrias de la conciencia empieza a dejar de ser un informador para comunicar, como medio (él mismo) de reflexividad social, las trayectorias, las pautas, los desniveles y contradicciones del campo cultural.

Sin entrar a analizar los cambios del entorno que los nuevos profesionales de los medios observan sin considerar a fondo, en el propio sistema informativo hoy se constatan cambios – no sólo tecnológicos – significativos que inciden en la necesidad de un replanteamiento de la actividad de los mediadores de la comunicación y, desde luego, de la cultura profesional y académica que la sustenta.

Un primer cambio destacable en las nuevas lógicas sociocomunicativas es el paso de modelos lineales de mediación a procesos transversales de producción informativa. La interconexión y multilinealidad de los nuevos medios de producción simbólica están modificando los criterios y estrategias de programación cultural. El modelo E/M/R no nos sirve para formar a los futuros comunicadores en un escenario :

- Que más que lineal es multidireccional.
- Que más que unilateral es multilateral.
- Que más que unidireccional es horizontal y dialógico.

La sociedad informacional está creando un universo capilar de canales, medios, contenidos y señales en el que la socialización del poder de informar y pensar, colectivamente, a través de las redes de interacción y conexión en tiempo real cuestiona la función periodística, tal y como la conocemos actualmente.

El nuevo mediador cultural de la civilización tecnológica no debe, ni puede, seguir ejerciendo como informador, como dispositivo amplificador de fuentes institucionales, como sucede con el tratamiento de la noticia, por ser él mismo fuente y servidor cultural, en el escenario de la convergencia de las nuevas comunidades mediáticas. Convergencia y comunidad, estas son dos de las palabras clave de la sociedad del conocimiento, a juicio de los futurólogos de la civilización tecnológica, a los que cabría añadir la relevancia de los contenidos.

Ahora bien, lo que venimos a plantear aquí es que más que el contenido, o el producto, la actividad central de los mediadores culturales debe centrarse en el proceso. Debe proporcionar herramientas y mapas de navegación, debe garantizar los medios necesarios para cartografiar el universo cultural, haciendo factible la “hipertinencia informativa” en la focalización y acceso preciso a la información necesaria, al conocimiento. Esto es, el sujeto profesional de los medios debe pensar al revés, debe replantear una nueva relación simbiótica entre inteligencia y lenguaje, desde una lógica de la interlocución y la pluralidad, del multiculturalismo y el diálogo característicos de las sociedades modernas.

La idea que les comento no es nueva, sí, en cambio, las condiciones históricas en las que se formula. Cuando en 1964, CIESPAL diseñó el plan tipo de Escuela de Ciencias de la Información Colectiva, proponiendo una concepción del COMUNICADOR POLIVALENTE como un profesional apto para desempeñar

cualquier actividad comunicativa dentro de la industria cultural, anticipaba una tendencia hoy imparable en el campo profesional, cuyo universo de acción, al que deben enfrentarse los futuros egresados, es por definición múltiple y diverso.

La formación integral de los saberes prácticos y los conocimientos teórico-metodológicos constituye pues nuestro primer compromiso frente a la especialización y la fragmentación tecnológica hoy dominante en los diseños curriculares de las Facultades y centros de educación superior del campo académico.

Tampoco podría decirse que la apuesta por modelos de formación que vinculen la comunicación al desarrollo sea nueva. Desde la década de los sesenta, las facultades y escuelas latinoamericanas de comunicación han venido creando unidades y políticas de investigación pensadas al servicio del “desenvolvimiento comunitario”. Hoy, sin embargo, adquiere, como veremos, una nueva función y sentido social a raíz del cambio mediático en marcha. La preeminencia de la comunicación interpersonal sobre lo masivo ha afirmado como necesaria en nuestra época la política de la diferencia y el reconocimiento de la compleja trama cultural en un horizonte semiótico conflictivo, diverso, nómada, hibridado y desterritorializado.

En este escenario, la garantía del progreso de la comunicación crecientemente diversificada y con/fusa de los discursos mediáticos es el regreso al sujeto. Si el periodismo clásico ha impuesto al profesional de los medios la norma cartesiana de la objetividad, según la lógica difusionista y – en palabras de Moles – también conservadora de la cultura de masas, hoy el profesional de la comunicación tiene ante sí el reto de la intersubjetividad y del diálogo.

El problema es si la enseñanza en nuestras facultades y escuelas de comunicación es la adecuada a este reto de la intersubjetividad. La defensa profesional del derecho a la información como una prerrogativa casi exclusiva del ejercicio de la mediación a cargo de las instituciones informativas ya no se sostiene.

En la era Internet, el razonamiento jurídico no puede legislar en términos de escasez de canales privilegiando así el acceso a las fuentes de los profesionales de la información. La cultura de la interactividad que empieza a socavar nuestras instituciones demanda un modelo de organización y formación distintos.

En la universidad, seguimos formando sin embargo a periodistas según los principios que Edgar Morin ha criticado como pensamiento simplificador y bárbaro, esto es, de acuerdo a la lógica de un pensamiento monológico y autocentrado.

Iniciaba mi conferencia señalando esta notoria contradicción del campo académico, encerrado en sí mismo e impermeable a las grandes transformaciones que se aprecian en la sociedad y la cultura contemporáneas. En nuestras facultades la enseñanza de los profesionales de la comunicación tiende por lo general a la especialización y a la fragmentación, a la rutina y, sobre todo, a la jerarquización y a la unidireccionalidad.

Hace muchos años, en la década de los setenta, cuando los pensadores latinoamericanos renunciaron a caminar por los itinerarios culturales trazados y ya conocidos, en su apuesta por la utopía, recuerdo que algún que otro comunicólogo señalaba que en la era de la explosión mediática era necesaria la implosión educativa, convirtiendo los centros de educación superior en comunicación en laboratorios de experimentación social. Lejos quedan aquellas propuestas, pero ello no significa que hayan perdido vigencia. La cultura académica que demanda la sociedad y el mundo en que vivimos pasa por la utopía, por la imaginación, por la creatividad, por unos centros de formación de comunicadores orientados a la Investigación y el Desarrollo (I+D).

Nuestras instituciones universitarias caminan , sin embargo, en dirección contraria, desestructurando las escasas formas de articulación social, más allá del mercado.

Al ser un campo académico insuficientemente formalizado y de relativa juventud, pero sobre todo, al regirse por una lógica mercadotécnica, se observa :

- a) Una inflación desregulada de títulos y cursos formativos sin control ni evaluación de calidad.
- b) Una insuficiente formalización institucional.
- c) La ausencia de diálogo interfacultativo a nivel académico.
- d) Una excesiva arbitrariedad en la planeación de los estudios.
- e) La consecuente improvisación de las políticas curriculares.

Tales tendencias se agravan aún más, en los últimos años, por la asimilación de una política neoliberal de nefastas consecuencias en el campo profesional y académico. El binomio Universidad/Empresa ha sido progresivamente instalado en el mismo corazón de los programas asumidos por todas las políticas culturales de raigambre educativa. Competitividad, modernización, calidad y excelencia académica son los conceptos-anzuelo instrumentados a modo de panoplia por el nuevo discurso publicitario del capital que la contraofensiva conservadora ha generalizado privatizando el conocimiento : directamente, mediante la eclosión de universidades e institutos de investigación privados, e indirectamente, con la asunción de los principios modernizadores de la globalización.

La Universidad constituye de este modo un fondo de inversión , eje de diversas acumulaciones :

- Acumulación de estudiantes como mano de obra descualificada.
- Acumulación de capital económico como objeto de mercadeo cultural (industrialización del negocio educativo).
- Acumulación de saber como inflación de productos académicos y titulaciones (producción en serie de la oferta para una demanda diferenciada).

- **Acumulación de tiempo como capital expropiado a los sujetos en su trayectoria acumulativa de conocimiento en su paso por la Universidad.**
- **Y acumulación de saber-hacer como apropiación de “plusvalía ideológica” de carácter profesional, esto es, como saber-poder.**

Situada entre la duda de lo complejo y lo dado por manifiesto, la institución universitaria se pliega a la imperiosa agenda de las necesidades inmediatas (medir el conocimiento de los alumnos para deglutir su saber), llevada por la inercia y los requerimientos burocráticos del poder y jerarquías existentes por siglos en los templos del saber.

Si la renuncia a la reflexividad epistemológica (“para qué poder saber”) abandona a la Universidad a la suerte práctica del saber como técnica o saber-hacer operativo, al margen del núcleo de las transformaciones que experimenta el conocimiento social, las consecuencias de esta política cultural en el caso de la comunicación son mucho más patentes si cabe :

- **Los planes de estudio han sido orientados pragmáticamente promoviendo una cultura tecnocrática de la división más que del compartir.**
- **La proliferación de licenciaturas en comunicación ha devaluado, según la lógica del saber-poder, los saberes profesionales como parte de la estrategia económica que favorece el dumping social.**
- **La escasa estructuración organizativa, a nivel gremial, ha favorecido el intrusismo.**
- **La multiplicación de titulaciones y el crecimiento acelerado del número de egresados ha favorecido la depauperación del nivel académico por la absorción de parte de los titulados en la propia academia.**
- **Como consecuencia, el desprestigio profesional y el excesivo pragmatismo ha impedido el apoyo a las políticas de investigación básica y la ayuda a la formación de investigadores capaces de renovar el campo práctica y teóricamente.**

El neoliberalismo educativo iniciado en los años ochenta ha institucionalizado finalmente el campo académico bajo el manto protector de la cultura privativa. Las escuelas se orientan así al problema de la competencia comunicacional como dominio de la técnica según un modelo profesionalista orientado por tres principios :

- **Capacitar técnicamente a los futuros comunicadores.**
- **Ajustar los conocimientos a las demandas del mercado laboral.**
- **Formar habilidades prácticas en el dominio del campo informativo.**

Al margen quedaron los principios básicos de la formación intelectual humanista, el conocimiento crítico de la sociedad y la cultura, así como la vocación reflexiva de los comunicadores. La flexibilidad y polivalencia que demanda el nuevo modo de organización de la producción se ha identificado pues con el culto a

la empresa. Pero tal enfoque se nos antoja poco válido si observamos, como hemos apuntado, los procesos de transversalidad y extitucionalización de la sociedad digital.

Evitando reduccionismos que tienden a oponer la tecnología de la información a la cultura, algo que puede quedar claro en torno a la formación de los futuros comunicadores es que un hombre libre no puede aprender como esclavo. La fundamentación educomunicativa en métodos de intervención social como la IAP apunta, en este sentido, una estrategia viable en la educación de los comunicadores frente a la rutina burocrática, escleróticamente anacrónica, de la enseñanza tradicional, incapaz de unificar la tendencia transversal de los saberes con los nuevos códigos audiovisuales. Máxime en el sector punta de la información y la comunicación.

Educación desde la perspectiva del cambio social que es una perspectiva no sólo legítima sino también necesaria, se nos antoja como una comunicación dialéctica plenamente actualizada. En las experiencias críticas de educomunicación lo que se pretende es generar la conciencia en torno a la posibilidad real de intervenir y modificar tanto el proceso mismo de la recepción como los contenidos provenientes de los medios de comunicación social, reapropiándose de los mensajes y las tecnologías que los soportan.

Dicho de otro modo, si en términos foucaultianos Saber es Poder, la educación de los comunicadores ha de cumplir un papel transformador adecuado al cambio social, mediante una praxis investigadora que conciba la información y el conocimiento como socialización del poder.

Itinerarium mentis ad veritatem. . . Como reza el lema de la Universidad de La Frontera, este es el camino a la verdad, un camino que debe ser pensado , desde la base, como un camino compartido, como un diálogo. . .

<http://www.cedicom.tk/>

<http://www.inecomdes.tk/>